

Solo tres segundos en el espacio azul iluminado.

Tres, para buscarse.

Dos, para encontrarse.

Uno, para apretar los párpados

y, aun así, verse.

Solo tres segundos antes del impacto.

Luego, blanco y ruido,

ruido ruido ruido en el espacio azul iluminado.

1.

Afuera brilla el sol. Sol de febrero. Febrero en la Ciudad de Buenos Aires.

Nicolás está rindiendo un examen: si lo aprueba se queda en su colegio, el Carlos Pellegrini, el colegio donde estudiaron su abuelo y sus padres, el colegio que comparte con su hermana Sol. Si lo suspende, debe cursar el quinto año en otro lado.

Lo suspende.

A la salida del aula, sentado en el suelo frente a la puerta, su amigo Rodrigo lo espera ansioso.

—¿Y?

—Tres.

—...

Nicolás no va a llorar, ¿acaso es un nene?, pero que tiene ganas, tiene ganas. ¿Qué pasará ahora? ¿Cómo será la escena familiar? Puede imaginar muchas versiones de las mismas caras de sus padres, las manos recorriendo los rostros desde la

frente hasta las mandíbulas, su padre rascándose la barba o revolviéndose el pelo, su madre cayendo en la silla o dándole la espalda para prepararse un té. También puede imaginar su propia actitud, ya sin defensas, vencido sobre sus codos, plegado sobre la mesa, el rostro cerrado sintiendo el roce de la madera en la frente.

Expulsado.

—¿Me acompañás a casa? —le pregunta a Rodrigo.

—Vamos.

Nicolás no va a llorar, ¿acaso es un nene?, pero que tiene ganas, tiene ganas. ¿Cómo será la vida a partir de ahora? ¿La amistad de Rodrigo será la misma? ¿Seguirán compartiendo las tardes de BMX, la búsqueda de nuevos videos de freestyle en YouTube, las salidas? ¿Quién ocupará su sitio en la división del Pellegrini? ¿Con quiénes irá de viaje de egresados? ¿Se sentirá su ausencia? Apaga el celular, no quiere hablar con nadie. Mira las baldosas y toca las paredes. Los ruidos de la calle, la angostura de la vereda y las caras de otros chicos del colegio son los mismos de siempre. Levanta la vista y el cielo cruzado de cables y de nubes le sopla el flequillo. El aire viene bien. El sol, también. No es para tanto. Respira hondo y cruza de vereda.

—¿Vamos caminando? —le pregunta Rodrigo.

—¿Estás en pedo? ¡Son como cuarenta cuabras!

—¿Y? Dale, no tenemos nada que hacer.

—Bueno.

—Vení, doblemos acá. Vamos a ese local de cedés que quiero mostrarte.

Nicolás no va a llorar. No con un amigo así... O tal vez sí con un amigo así. Se acomoda la mochila y apura el paso. Las lágrimas se aprietan en sus ojos y pujan por abandonarlo. Hay bronca y decepción. No es un nene pero tal vez lllore. Deja de tragar saliva. Que sea lo que tenga que ser.

2.

Rodrigo le pasa el brazo por los hombros mientras caminan.
—Tienen unos cedés increíbles. Y te dejan escucharlos. Conozco al flaco que atiende. Es amigo de mi hermano.

Rodrigo quiere distraer a Nicolás pero no logra que deje de mirar las baldosas. Aprieta el abrazo sutilmente: sus dedos le presan el hombro cuando detecta las lágrimas.

—Bueno, qué vas a hacer. Nos vamos a seguir viendo. Obvio que el viaje de egresados lo vas a hacer con nosotros...

Nicolás tiene que volver a su casa y hablar con sus padres, el plan ya delineado desde hace meses: si no lograba aprobar las materias necesarias, iría al mismo colegio que Leopoldo. También es un buen colegio, nadie puede cuestionarlo por ese lado tan temido de que desperdició una excelente oportunidad de “triunfar en la vida”. El colegio de Leopoldo es el más prestigioso del barrio.

Leopoldo.

Nicolás sacude la cabeza y espanta una sonrisa que pretendía instalarse en su boca. Leopoldo es ese que estaba pared de por medio, ese con el que habían inventado un código de gol-

pecitos en la medianera para avisarse cuándo salir, ese al que abandonó llorando el día que sus padres decidieron mudarse. Aún hoy le cuesta creer haberlo reencontrado tan fácil. Poner un nombre en la web y listo. Allí estaba, en YouTube, encima de una bicicleta, tapados sus ojos por un gorro negro. ¿Era el mismo? Se movía bien sobre la bici. Allí estaba, también, en Instagram, tapados sus ojos por un gorro blanco, a un mensaje de distancia. Sí, no podía ser otro. El mensaje fue “¿Te acordás de mí?”. Y sí, se acordaba.

La caminata lo cansa. Pero tantas cuerdas conversando con Rodrigo le dan fuerzas.

Cuando llegan a su casa, se hacen unas milanesas en sángu-ches. Su amigo come y se va. No quiere estar cuando la familia llegue.

Nicolás se queda solo, mirando el techo desde el sillón. La rajadura casi invisible que mira siempre.

Decide esperar a que lleguen sus padres del trabajo. No les adelantará nada por teléfono. Enciende el televisor y agarra el control remoto antes de volver al sillón; comienza a zapear. Quiere dormirse, pero Sol llega antes.

—¿Y?

—Mal.

—Uuuuyyy... ¿Y ahora?

—Qué se yo.

—Por lo menos no vas a repetir el año. Es una suerte que el Pelle tenga un programa distinto.

—Psí.

—...

—Hay milanesas.

—¡Ah! Bueno, ¿vos comiste?

—Psí.

—...

—...

—Bueno, voy a comer.

—Dale.

—Si querés alg...

—Sí, ya sé. Gracias, pero por ahora quiero ver tele un rato. Así me preparo para cuando llego papá.

—Yo le tendría más miedo a mamá...

—Mamá ya se descargó. Ayer me dijo de todo.

—¿Y papá?

—Papá se aguantó para hoy. Parece que todavía apostaba algunas fichas por mí.

—Qué feo. Despedite del celular. Y de la Play. Van a ser las primeras cosas que te van a sacar.

—Ya sé...

Sol se va a la cocina y Nicolás se queda con esa sensación de apuesta perdida. Piensa otra vez en la cara de su padre: tristeza arrugas ojos boca barba. En la rabia que podrá vislumbrar por detrás del rostro. Imagina pupilas con llamas anaranjadas y deriva hacia otros objetos decorados con llamas anaranja-

das hasta que termina recordando su colección de autitos Hot Wheels.

Se queda dormido.

En el sueño, agitadas carreras en bicicleta se mezclan con seres oscuros y voces subidas de tono. Puede distinguir un casco, luces girando en un techo con espejos, una sonrisa que se estira, se deforma, crece. Él avanza entre personas de su altura o más bajas, llega a un lugar despejado y allí hay una chica sentada. La mira. Se agacha para verla mejor, para capturar la belleza que se le adivina. Tiene ojos asustados. Tiene sus ojos.

Desde el mundo llega una voz. La voz de su hermana lo saca de los sueños.

—Nico... Nico... mamá, en el teléfono. Quiere saber cómo te fue.

Nicolás se levanta. Más dormido que despierto, sigue viendo los ojos de la chica. Casi nada de su rostro. Los ojos asustados. Fijos en él, como preguntando. A los diez minutos, ya no los ve. Pero la impresión de esos ojos sigue allí, agazapada, y se transforma en un recuerdo. Recuerdo para ser identificado, descubierto. Recuerdo para mirar por última vez y parpadear.

Paula Bombara (Argentina, 1972) vive desde muy pequeña en Buenos Aires. Es bioquímica de profesión, pero desde 2004 se dedica en exclusiva a escribir tanto ficción como no ficción, dirigiéndose, especialmente, al público infantil y juvenil. Sus novelas *El mar y la serpiente* y *La chica pájaro* han sido incluidas en las listas *White Ravens* 2006 y 2016 respectivamente. En 2011 *Una casa de secretos* resultó ganadora del premio *Barco de Vapor* (Fundación SM). Es directora de la reconocida colección de comunicación científica para primeros lectores *¿Querés saber?*, en EUDEBA, la editorial de la Universidad de Buenos Aires. Lleva adelante un blog llamado *Desde mi cristal* donde publica ensayos, reflexiones personales y entrama arte y ciencia cada vez que tiene oportunidad.

Título original en castellano:

Solo tres segundos

Texto de Paula Bombara

© 2010 Grupo Editorial Norma, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

© del texto: Paula Andrea Bombara, 2010

© de esta edición: Milenio Publicaciones, S.L, 2017

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Primera edición: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-9743-782-0

DL L 623-2017

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.